

Recordar, compartir, aprender

Alicante

María Luisa Mataix Escaso, 67

Estefanía González, 23

APRENDER PARA VIVIR

Me he pasado la vida aprendiendo por aprender. “¿Por qué hay que ir al colegio?” “Hay que ser alguien en la vida”, dicen las madres. Y por eso, porque he querido ser alguien, he estudiado año tras año. Más tarde, para encontrar un buen trabajo, nos aventuramos en la Universidad. Allí te especializas en la botánica del campus o te das cuenta de todo lo que nos queda por saber.

Tuve que conocer a María Luisa para descubrir que algunas veces tampoco se sigue en esto el patrón. Sólo sabía que tenía 67 años. Suficiente información para inventar, incluso, su sistema de valores. Nos citamos en la sede de la Universidad en Alicante. Llegué con la seguridad de que reconocería a mi María Luisa.

“Ésta será la chica que estoy esperando”, dijo una mujer a otra. “Hola. ¿Qué tal? Eres tú a quien espero, ¿verdad? Soy María Luisa”. “¿María Luisa?” María Luisa tiene 67 años, es mayor y clásica. “¿María Luisa?” “Sí, soy yo”: una mujer moderna, el pelo cortísimo y con una decisión de mujer de tacón. María Luisa... “¿Qué estudia algún cursito de verano?” Ella sonríe.

Cuando era pequeña me costaba bastante estudiar. Soy sietemesina, pero no fuí la adelantada de la clase. Pesé únicamente 1,5 kg. Y, aunque vine antes de tiempo, tuve que esperar a que terminara un largo parto. Apenas nació, mi hermano se descubrió ante todos. Extenuada y perseverante, sin epidural, una madre parió un hijo que acababa de morir.

“Me criaron entre algodones”. Deduje que María Luisa se refería a que estaban pendientes de ella en todo momento. “Quiero decir, que me criaron literalmente entre algodón, para darme calor. En eso consistió mi incubadora”.

Con el paso del tiempo no se despejaba la incertidumbre de mi vida. Cuando me tocaba empezar la escuela enfermé del riñón y, posteriormente, me contagié de la tuberculosis.

Eran tiempos difíciles. En la dictadura, España estaba bloqueada en todos los aspectos y el de la Sanidad parece que ha caído en el olvido. No disponíamos de antibióticos. El tratamiento seleccionado, a pesar de sus múltiples contraindicaciones, fueron las Sulfamidas. Muchos años después, supimos que la Penicilina me habría curado en poco tiempo. Pero, por aquel entonces, no sólo era una novedad sino que, además, circulaba ilegalmente.

Después de superar los siete años, ese número enigmático que marca la primera infancia, por fin, comencé los estudios primarios. Era analfabeta, me costaba seguir el ritmo de los compañeros. Concluí este período con 17 años, cuando normalmente se hacía con 14.

Seguidamente, quise estudiar Asistencia social. Mis padres pudieron permitirse un colegio privado de monjitas. Sin embargo, me negué a terminar este ciclo. Pretendían que repitiera el último curso por dos asignaturas. Abandoné los libros y aborrecí la hipocresía eclesiástica.

Quise casarme y me casé con 24 años. Volvía a casa, igual que cuando era niña, y apenas salía a la calle. Los hijos, las tareas domésticas, mi trabajo como secretaria en el despacho de mi marido –no reconocido por la Seguridad Social, porque entonces un autónomo no podía contratar a un familiar– y las invisibles costumbres alcohólicas de este abogado conformaron mi rutina. Todo mi dinamismo o, como tú has llamado, mi nervio madrileño, estaba colapsado.

–¿Así pues, por tus circunstancias personales y familiares no florecieron en ti las inquietudes culturales, María Luisa?

“Yo no sé bien por qué, pero advertí que se me estaba escapando la libertad. La sociedad iba avanzando porque cambiaba la actitud de las mujeres; pero las mujeres hemos confundido el sentido de la emancipación. Hemos pasado de ser esclavas del señor, a ser esclavas de un sistema: una debe llevar la casa, pues la pareja todavía hoy, presta una “ayuda”, en lugar de colaborar en un hogar común; trabajar fuera de casa y, además, ser la super woman”.

Recordar, compartir, aprender

“¡Basta ya de esta vida en la que lo que se consume no es otra cosa que nuestro tiempo! Tengo 57 años. ¿A qué edad se pierde el ridículo?, me preguntaba mi hija hace unos días. Tal vez lo perdí en aquel instante en que decidí no dejarme llevar por la vorágine de esta vida frenética”.

“Y en unas charlas de ex-alcohólicos, firmé mi demanda de separación y aprendí a quererme. Eclosionó en mí el deseo de aprender: me rindo al simbolismo de la fotografía, me atrevo con el teatro, escribo cuanto sale del corazón. Ya no me preocupa mantener las formas ni me afectan las opiniones ajenas”.

“Cumplía 59 años. Me dije: ¿Por qué no?. Me matriculé en la Universidad Permanente y sigo haciéndolo. Era el primer año de este proyecto. Enseguida nos dimos cuenta que nuestro colectivo tendría que disfrutar de los mismos derechos que los estudiantes jóvenes, por ejemplo, el voto. Así que formamos la Asociación de Alumnos de la Universidad Permanente de Alicante”.

“Ése es el espíritu de los que formamos la Permanente. No tenemos planes de futuro más allá de un presente inmediato, no nos interesan los títulos, ni vamos a trabajar para aplicar lo estudiado. Aprendemos para vivir”.

Suena el teléfono. “Rafa, no, no, deja las cosas como están. Ya lo he organizado. Gracias. Adiós”. “Estoy preparando un viaje para los alumnos. Soy la presidenta de la Asociación de Alumnos de la Permanente”.

A veces, uno descubre lo que verdaderamente importa y aprende a vivir. Porque también hay que aprender a vivir; es decir, a disfrutar de estar vivos. Y tal vez sea ése continuo aprendizaje lo que hace que la vida merezca la pena conocerla. Imaginé que sólo era un encuentro entre dos generaciones muy distantes. En cambio, tú, me has enseñado este secreto. ¿Cómo queremos vivir? ¿Cómo estamos viviendo? Gracias, María Luisa.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Ahora que ya he andado gran parte del camino vuelvo atrás la mirada. ¿Qué grabaría por siempre en la médula de mis huesos?. De chiquilla me pareció que el amor de un hombre me haría comprender el significado de estar vivos. Es cierto que el amor rompe las fronteras del tiempo. He vivido mientras he llorado y reído con el sentimiento en la garganta.

Sin embargo, un día descubrí que el amor es más complejo, fue una brujería del deseo; a veces, una necesidad de la soledad. Hoy es una elección de compatibilidad, sé qué me hace sentir bien.

Si fuera joven otra vez, sabiendo lo que sé, aprovecharía los años de otra manera. ¡Qué tontería! No me habría arriesgado, si ya hubiera resuelto todas las circunstancias decisivas. No guardaría ninguno de esos instantes que van contigo toda la vida.

Este camino sólo tiene un sentido. No hay marcha atrás. Pero cada paso por dar es un paso aventajado del paso ya dado. Ahora prosigo la ruta con la experiencia de que ya hubo una primera vez para casi todo.

Para mí, el valor de la vida, es aprender a vivir. Porque, si uno no ha aprendido de lo que ha vivido, no le ha servido para nada. Por el contrario, si el futuro se afronta con la experiencia, vivimos de otra manera, quizás con más intensidad y más conciencia.

El mejor aprendizaje ha sido conocerme. Hoy sé quién soy y sé lo que quiero. Me quedo con la paz encontrada. Y vivo libre de cualquier imposición. Hasta que llegue ese final inaplazable, yo, continuo disfrutando de esta oportunidad con la ilusión de que todavía sigo aprendiendo; es decir, me siento viva cada día. Viva, viva.